

## III. - PAÍSES DE LENGUA GRIEGA.

**Macedonia y Grecia.** - Si la península oriental tiene sus Alpes en el monte Hemo (Balkanes), tiene también su Apennino en el Pindo, amplia muralla que desciende rectamente al Sur, sin dejar que pasen á su cresta sino muy pocos senderos, y en un solo punto, en la Klisura de Devol, bajo la latitud del Licnido, un camino fácilmente practicable. La Dalmacia y el Epiro están á la derecha en la vertiente que se dirige al Adriático, y la Macedonia y la Tesalia á la izquierda en la vertiente del mar Egeo. A su extremo meridional se rompe esta cadena en mil derivaciones que proyectan en tres mares sus numerosos promontorios, formando el caos de montañas y valles que se llama Grecia.

Encerrada en un cuadrilátero de montañas, era Macedonia la fortaleza, desde donde Roma vigilaba y contenía, no á la Grecia en que no encontraba ya pueblo que contener, sino á las inquietas poblaciones del valle del Danubio dispuestas siempre á seguir el camino del breno galohacia Delfos. Numerosos generales habían vuelto de esta provincia con el triunfo por oscuras victorias sobre estos incómodos vecinos; pero cuando la mano de Roma dejaba de pesar sobre ellos, luego volvían al pillaje y al degüello. Aun en vísperas del imperio, se arrojaron los tracios sobre la Macedonia, cortaron la gran vía militar que atravesaba la provincia y llevaron tal espanto hasta Tesalónica, que hubieron de ponerse sus habitantes á reconstruir sus murallas, como si no los protegiera ya la espada de Roma. Sin embargo, aquellos bárbaros tenían un uso poético, que nosotros conservamos: sembraban rosas en la tierra que cubría á sus muertos.

La severa policía que Octavio había comenzado á desarrollar en la Iliria, aprovechaba también á la Macedonia. Al Norte, los dardanos, tan temibles antes, en el valle del Axios (Vardar), estaban reducidos á tal estado de miseria, que sólo tenían por viviendas chozas de paja y estiércol. Al



Moneda de Anfipolis (1)

Este, los tracios no eran verdaderamente de temer sino en tanto que se les temía, y así que una mano fuerte mantenga allí el orden, podrá Macedonia desarrollar las riquezas que oculta. Después de la muerte de César, su belicosa población hubo de dar á Bruto dos legiones que ejerció él á la romana; y antes de la batalla de Filipos, dada en su frontera, tuvo que mantener los ejércitos de Octavio y de Antonio, que agotaron sus recursos.

No parece, sin embargo, que fuera mal tratada por los vencedores. Tesalónica era ya su ciudad principal, Anfipolis la segunda, y las dos tenían el título de ciudades libres, privilegio concedido también á Dirraquio, Abdera y á muchas otras poblaciones del interior, como también á las islas de Tasos y de Samotracia. Pero Pela, su antigua capital, no será muy en breve sino un mísero villorrio.

(1) Cabeza laureada de Apolo. En el reverso AMΦΙΠΟΛΙΤΩΝ, una antorcha y una rama en un cuadrado hueco. Moneda de plata de Anfipolis.

«En otro tiempo, dice Estrabón, estaba el Epiro ocupado por gran número de pueblos valerosos; ahora la mayor parte de sus comarcas están desiertas y muchas de sus ciudades arruinadas: no le quedan más que pobres caseríos; y esta desolación, que comenzó mucho tiempo hace, continúa todavía.» Varrón encuentra allí, sin embargo, algo que alabar. «Los esclavos del Epiro, dice, son los mejores y los más caros.» Triste celebridad para los descendientes de los soldados de Pirro!

Este país, cubierto de montañas, que corren hasta la orilla del mar, no tiene esas ricas llanuras alrededor de un puerto, que buscan los colonos griegos, por lo cual sólo fueron allí en escaso número. Teniendo poco trigo, los epirotas vivían dispersos en las ciudades del producto de sus ganados. Todavía hoy hace traer Janina sus harinas de Tesalia, de donde se trasportan á lomo de asno ó de mulo, mientras se sacan de Arta, la antigua Ambracia, las frutas y los vegetales. Sólo se echaba de ver alguna vida á lo largo de la vía Egnacia que atravesaba esta provincia, y en Dirraquio, plaza de armas de Pompeyo, lo que la había comprometido á los ojos de los amigos de César. Apolonia, más al Sur, se había aprovechado de ello y sus escuelas habían recibido al joven Octavio.

Esta despoblación del Epiro se extendía á la Grecia misma. Las tribus del monte Eta estaban casi aniquiladas; los atamanes, sus vecinos, habían desaparecido. El país de los acarnanes y la Etolia, que separa el Aquelóo, se habían trocado en desiertos: en vez de campos cultivados, sólo se encontraban allí, como en la Arcadia, praderas en que el ganado y los caballos andaban en libertad.

A pesar de la fertilidad de su suelo y de la libertad que debía á César, la Tesalia que había servido tantas veces de campo de batalla, veía en decadencia sus ciudades. En la Hélade, no era ya Tebas más que un poblachón; salvo Tanagra y Tespias, no quedaban ya, de las demás ciudades de Beocia, más que ruinas y sus nombres. Una ciudad de la Fócide gozará, sin embargo, un preciado privilegio: el aceite de Titorea se reservará para la mesa de los emperadores. Megara subsistía pero pobremente; el Pireo, cuyo puerto abrigaba en otro tiempo hasta trescientos navíos de guerra, era ya un mezquino villajo; Muniquia estaba ya desmantelada, y Atenas aun estaba quebrantada de los golpes que le diera Sila.

Durante las guerras civiles, Atenas había estado de parte de los vencidos, como ella lo era aun desde Queronea; pero había salido al fin con ligeros sacrificios: como Alejandro, los romanos de todos los partidos respetaban á la ciudad de las Musas; hasta le permitieron que se jactara de haber socorrido á Roma en sus peligros, y que erigiera un sepulcro á los soldados muertos en estas mentidas expediciones, como permitían á los aqueos grabar al pie de la estatua de Polibio, que si el vencedor de Cartago y de Numancia había sido el brazo que hería, el hijo de Licortas había sido la cabeza que dirigía.

Pero á veces un procónsul descontento recordaba con depresiva franqueza al pueblo de Minerva que no había ya atenienses en Atenas, donde no se encontraba sino una multitud abigarrada y confusa de aventureros de todas las naciones.

Otros decían también, y esto era lo más grave, que no era ya al Πνυx adonde se había de acudir á aprender la bella lengua de Demóstenes y de Esquilo, pues el puro idioma se alteraba y corrompía en aquellos labios extranjeros. Con esto, las escuelas de Rodas, de Marsella y de Efeso hacían á los retóricos de Atenas desastrosa competencia.

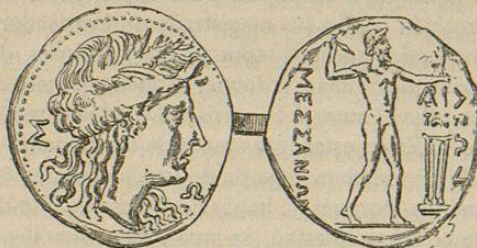
Sin embargo, quedaba el refugio del antiguo espíritu pa-

gano, el foco principal del helenismo y de la filosofía. En vano vendrá San Pablo á decir á los degenerados discípulos de Sócrates y de Platón cuál es el dios desconocido, al cual erigían altares sus padres; su voz no tendrá eco al pie del Partenón. Pero será mejor oída en la nueva Corinto, reedificada por César y por Augusto: el Apóstol reclutará allí numerosa milicia, menos numerosa, sin embargo, que la que dará, por su molicie proverbial, á esta ciudad de comercio y de deleite el sobrenombre de *Corinto la Perfumada*.

Polibio decía que no hubiera dado 6000 talentos por todo el Peloponeso. Desde entonces ¡cuánto no había crecido su miseria! Muchas de sus ciudades ni aun tenían para subvenir á los gastos de las adulaciones oficiales. ¿Era preciso honrar á algún romano poderoso? Pues se rascaba una vieja estatua y quedaba como nuevo un héroe de los tiempos pasados: de este modo Orestes venía á ser Octavio.

Ni se hacían más gastos para los mismos dioses. En Argos hubo de hundirse el techo del templo de Ceres: reconstruirlo hubiera sido muy costoso: pues en el interior del suntuoso edificio construido por los padres hicieron los hijos un edículo de ladrillos. Bien podía la diosa habitar una humilde capilla, cuando su pueblo no habitaba más que ruinas.

De las doce ciudades de la Acaya, cinco estaban destruidas ó desiertas. «Como la Arcadia está enteramente devastada, dice Estrabón, sería inútil hacer de ella una larga descripción.» Únicamente Tegea conservaba alguna vida; y todavía se llevó Octavio una estatua de Minerva, de mar-



Moneda de Mesenia (1)

fil, y una reliquia de los tiempos mitológicos, las presas del jabalí de Calidonia.

La Mesenia apenas conservaba algunos habitantes, y sólo se citaba ya á Lacedemonia por su industria de púrpura, que era la mejor de Europa. ¡Qué fama para los descendientes de Leónidas! Yo la preferiría á su fiera virtud de los antiguos tiempos, si no viera que Citera, antigua dependencia de Lacedemonia, pertenecía entonces á cierto Euricles, y que este poseedor de una estéril roca era como el tirano de toda la Laconia. Verdad es que en el país de las cien ciudades, no se hubieran contado ya, fuera de Esparta, treinta villorrios. Algunos años más y podrá decir Plutarco: «No hay en toda la Grecia tres mil hombres de guerra.» La ciudad de Megara solamente envió más á Platea.

«A mi vuelta de Asia, escribe un romano tristemente, hice rumbo de Egina á Megara, y pude contemplar las costas extendidas á mi alrededor: Egina atrás, Megara delante, á la derecha el Pireo, á la izquierda Corinto, ciudades en otro tiempo famosas; ahora cadáveres que yacen bajo ruinas.» Y añade otro: «La Grecia no es ya más que el gran sepulcro de un gran pasado.»

Ruinas de ciudades, ruinas también de templos: la pito-

(1) Cabeza de Ceres coronada de espigas ΣΩ. En el reverso ΜΕΣΣΑΝΙΩΝ, nombre de los mesenios, y ΝΕΩΝ ΑΡΙ, nombres de magistrados. Júpiter de pie, con el rayo en la mano derecha y un águila en la izquierda. Delante del dios una trípede. Tetradracma de los mesenios.

nisa estaba muda; los anfictiones (2) no se reunían ya, y será menester que un rey de los judíos dé una limosna á la Grecia para que el estadio de Olimpia tenga aún sus juegos y sus coronas.

Con las fiestas nacionales cayeron los últimos lazos que unían á las ciudades griegas en cuerpo de nación. Ciertamente Octavio las invita á sus juegos accios, cuya intendencia da á los lacedemonios; pero ¿qué irán á hacer á aquella Acarnania casi bárbara, que apenas conocieron en tiempos de su independencia, y en juegos cuyas coronas reparten manos extranjeras? Con todo eso, esta pobre reina abandonada, viste altivamente sus harapos y al través de su rotomanto se ve muy bien que se estima más noble que sus dominadores, y aun pueden éstos agradecerle si no se venga de ellos dándoles el nombre de bárbaros.

Montesquieu acusa á Roma de esta decadencia; pero Roma no podía devolver á la Grecia envejecida los bellos días de su juventud ni menos el espíritu creador que diera vida á tantas obras maestras: su papel histórico era llamar nuevos pueblos á tomar su parte en la mies sembrada por los artistas, los poetas y los filósofos de la Hélade. Se ha visto que la ruina de la Grecia había comenzado antes de la llegada de las legiones, y que se moría, porque había llevado afuera, sin guardar nada para sí misma, aquella vida política y literaria que había hecho su grandeza. Como el jero-fante de Eleusis había entregado á nuevos iniciados la sagrada antorcha: corría de mano en mano y su resplandor alumbraba á lo lejos el camino; pero las tinieblas se cerraban sobre el templo y reinaban en él la soledad y el silencio.

Para tener algo que describir de este glorioso país, se ve obligado Estrabón á poblar la soledad con sus recuerdos, y no es la Grecia de Augusto, sino la de Homero la que nos presenta. Aquella no existía ya; la otra vivía y vivirá siempre en el poema inmortal.

**Sicilia y las islas griegas.** - Todos los griegos de Europa parecían entonces entregados á la divinidad celosa, aquella Némesis que los antiguos creían irritada por la fortuna excesiva, pero cuya cólera no era sino la inevitable expiación de las faltas cometidas en la prosperidad. «¡La Magna Grecia, exclama Cicerón, tan animada y rica en otro tiempo, y ahora tan desolada!» Y á su vez dice Séneca: «Quien quiera ver desiertos que vaya á la Lucania y al Brucio.» Esto en cuanto á la Grecia italiota.

Cuando Teócrito cantaba en Siracusa los faustos días del sabio rey Hierón y la serena dicha de los campos sicilianos, la grande isla, libertada de los cartagineses, no había sentido aún la pesada mano de los procónsules romanos. Pero hacía de esto muy cerca de doscientos años, y después había decaído más y más á cada generación. La costa del Norte, que hacía frente á Italia, era como ahora la más poblada: Panorma, Segesta que se decía parienta de Roma, y más al Oeste, Lilibeá, estaban en primera línea. Salvo Agrigento, que se había levantado otra vez más, la costa frontera al Africa estaba cubierta de viejas ruinas que databan de las guerras púnicas. La lucha con Sexto Pompeyo había hecho muchas más en la costa oriental; las insurrecciones serviles en el interior y la piratería en todas partes. Habiendo venido á ser la granja del pueblo romano, poseída por dueños que gastaban á lo lejos el oro que les daba su fecundo suelo, no tenía ya ni corte, ni príncipes,

(2) El templo de Delfos es muy pobre, dice Estrabón (IX, p. 420) y no hay allí ya consejo anfictionico. Este escritor estaba en Grecia precisamente en la época que nos ocupa (29 ant. J. C.).

ni ricos ciudadanos que ofrecieran al genio aquella suntuosa hospitalidad que diera Hierón a Píndaro, a Simónides, a Esquilo, a Epicarmo; y las Musas callaban espantadas en medio de aquella población de pastores feroces que conservaban el recuerdo de Euno y de Atenión.

«Últimamente, dice Estrabón, estando yo en Roma se condujo allá a un tal Siluro que se decía hijo del Etna. Al frente de numerosa tropa, había devastado todas las cercanías de la montaña. En el teatro, se le expuso en un alto estrado que figuraba el Etna durante un combate de gladiadores. Terminada la lucha, se hundió la montaña y el hijo del Etna se encontró precipitado en medio de las fierras, que lo hicieron pedazos.»

Entonces como ahora el viajero que hacía la travesía de Italia a Grecia se detenía en Corfú y en Zante, la una magnífica estación mercantil y militar, la otra muy digna del nombre que le dan los marineros *Fiore di Levante*; flores he encontrado yo efectivamente allí en los meses más rigurosos y tristes del invierno.

De Corfú conducían tres caminos al Asia y al Africa central. Se remontaba al Norte hasta Dirraquio, cabeza ó arranque de la gran vía *Egnacia*, que conducía a Lisimaquia y a Bizancio, ó por el golfo de Corinto y de Atica, se alcanzaban las Cícladas, sembradas en el mar Egeo como un collar de perlas marinas al rededor de Delos, la más pequeña, pero la más famosa de todas. Sobre sus sonoras ondas que murmuraban los nombres heroicos de la antigua Grecia, bogaba el navegante, sin perder de vista la tierra, de Delos, donde habían nacido Apolo y Diana, a Naxos y An-



Moneda de Andros (1)



Moneda de Paros (2)



Moneda de Samos (3)

dros, las islas sagradas de Baco; de Paros, cuyo mármol competía con el del Pentélico, a Melos (Milo) que nos guardaba la obra maestra de la estatuaría griega; pero rehúsa de la triste Giaros, cuyas descarnadas rocas reemplazaron para los desterrados del imperio las deliciosas mansiones de los desterrados de la república en Tibur y en Preneste.

Más lejos, las grandes islas de la costa de Asia, Lesbos, Quio, bastante rica para pagar al rey del Ponto un rescate de 2,000 talentos, Samos, Cos, Rodas, donde se detuvo la fortuna de Mitrídates, habían reparado muy pronto sus pérdidas, y los magistrados romanos que iban a las provincias orientales se detenían de buen grado en estas fecundas islas, donde bajo el más dulce clima se abría con todas sus seducciones la vida griega.

Los gobernadores de la Creta, de la Cirenaica y de Egipto descendían más al Sur. Del cabo Malio a la punta del Peloponeso podían descubrir las nevadas cimas de la Creta; desde esta grande isla llegaban en dos días de navegación a Cirene y en cuatro a Alejandría.

(1) Busto de Baco ó de un bacante coronado de hiedra; detrás un racimo de uvas. En el reverso ANAP y una pantera. Moneda de plata de Andros.

(2) Cabeza de mujer con un tocado de cintas. Reverso, ANAEIK ΠΑΡΙ; una cabra de pie. Moneda de plata de Paros.

(3) Cabeza de león vista de frente. Moneda de plata de Samos.

La Creta debía a su fecundidad el sobrenombre de isla de los *Buenaventurados*, y Aristóteles decía de ella que nunca hubo posición más favorable para el establecimiento de un grande imperio, fortuna que no realizó sino en los tiempos mitológicos, cuando Júpiter nació allí, cuando Minos reinó en ella y la llamaban el país de las cien ciudades. Los hombres han hecho aquí mentir a la naturaleza: desde la edad heroica, la Creta vivió en las sombras; ni sabemos nada de la prolongada rivalidad de sus dos grandes ciudades Gnos y Cortina. Desde el tiempo de la guerra del Peloponeso, era un albergue de piratas y todos los partidos encontraban allí valor que comprar. Los cretenses conservaron sus hábitos tan largo tiempo como su independencia; sus arqueros servían en todos los ejércitos y sus corsarios atraían sobre sí la cólera de Roma. Metelo (66) los obligó a entregar sus barcos; pero habían sostenido bravamente la lucha, sacrificado a un pretor y resistido el ataque por espacio de tres años: era acabar bien.

Sin embargo les costó muy caro: muchas ciudades que cayeron bajo la ruda mano de Roma no se levantaron más, y las más ricas comarcas de la isla entraron en el dominio público del pueblo romano. Octavio, en un día de prodigalidad, el siguiente de la derrota de Sexto, dió a Capua tierras en Creta, cerca de Gnos, cuya renta ascendía a un millón doscientos mil sestercios y trescientos años después las poseían aún los capitanos.

La Creta formaba con la Cirenaica una provincia. Una de sus antiguas leyes reconocía a sus habitantes el derecho de insurrección contra sus magistrados prevaricadores; ley que Montesquieu aprueba «porque los cretenses, dice, tenían el patriotismo más ardiente, el menos sujeto a error: todo lo corrige el amor a la patria.» Dice bien, pero a condición de no llevar estas leyes fuera de las ciudades pequeñas, donde la verdadera mayoría de los ciudadanos se muestra fácilmente. Después de haber hecho uso de este derecho en el tiempo de su libertad, se guardaron bien los cretenses de ejercerlo durante la dominación romana. Ni aun se les tuvo que reprochar sus hábitos de piratería. «Los cretenses cuya habilidad marítima era proverbial, dice Estrabón, no tienen ya un navío.»

*Ciudades griegas de la Tracia y del Euxino.* — Al Norte del mar Egeo, en la Tracia, las colonias griegas habían cubierto todo el litoral, desde la embocadura del Estrimón hasta las bocas del Danubio. ¿Qué quedaba de tantas ciudades? «Los tracios, dice Apiano, se habían alejado de las costas por temor de los piratas; los griegos tomaron posesión de ellas é hicieron prosperar la agricultura y el comercio. Filipo de Macedonia los expulsó de allí; de modo que no se veían ya más que las ruinas de los templos que edificaron en el país.»

Sin embargo, se encuentran aún algunos griegos en aquellas costas, como por ejemplo en Abdera, ciudad orgullosa de sus grandes hombres, a pesar de su mala reputación respecto del ingenio; en Maronea, en Enos, en la antigua vía que llevaba al Asia; finalmente, en Cardia y en Lisimaquia, que cerraban la entrada del Quersoneso de Tracia, ya propiedad de Agripa; pero todas estas ciudades eran miserables. Cuando la Macedonia vuelva a ser una provincia floreciente, cuando al otro extremo del país se eleve la nueva capital del imperio, la Tracia, situada en medio, tendrá a su vez ciudades ricas y pobladas: por ahora, el comercio y los viajeros huyen de ella.

Las orillas de la Propóntide y sus estrechos estaban poco animados. Bizancio, en una de las más admirables situaciones del mundo, al extremo de la Europa y en frente del

Asia, entre el Mediterráneo y el Ponto-Euxino, era dueña del comercio del mar Negro, que se detenía en su puerto, cuando no pasaba todo por sus manos. Y aun se enriquecía con la abundante pesca del Euxino, de cuyos provechos participaban los romanos, bien que dejándola libre.

Esta libertad de que con muy buen sentido no se mostraban celosos, los dispensaba del embarazo de la ocupación, sin dar a los bizantinos una independencia de que hubieran podido abusar. Los gobernadores de Bitinia estaban encargados de vigilarlos, y se les aseguraba más aún por el interés de las propiedades que tenían en la Misia, al alcance ó, mejor dicho, bajo la mano de Roma.

El comercio del Oriente seguía entonces dos caminos: el del mediodía por el golfo Pérsico ó por el mar Rojo, y el del Norte por el Oxo, el mar Caspio y el istmo caucásico. Los árabes y los griegos de Alejandría poseían el pri-



Moneda del Quersoneso de Tracia (1)



Moneda de Bizancio (2)

mero, y los griegos del Asia habían tomado el segundo: todas las orillas del mar Negro estaban cubiertas de colonias suyas; Mileto, por sí sola había fundado allí trescientas factorías, habiendo llegado a ser algunas de ellas ricas ciudades, y en la Táuride se extendía el floreciente reino del Bósforo. Sin embargo, el mundo civilizado parecía acabar en Bizancio: más allá aparecía la barbarie, se veían ya los hábitos salvajes, las tribus que vivían de los despojos de la mar y del pillaje de los naufragos. Así, pues, los navegantes que llegaban de la Laguna Meóide, y por temor a las tempestades del Euxino se veían obligados a costear aquellas inhospitalarias regiones, dirigían sus acciones de gracias a Júpiter Urios, en cuanto descubrían su templo en la costa de Asia, a la entrada del Bósforo.

#### IV. — PROVINCIAS DE ASIA.

*Asia Menor.* — El Asia Menor avanza como un inmenso promontorio entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, rechazando ante sí las ondas del mar Egeo. Si se limita el Asia Menor a una línea tirada desde Trapezonte hasta el golfo de Iso, formará una península, cuya extensión casi alcanzaría la de Francia, dividiéndose en dos regiones bien distintas: en el centro la del país llano, y en su contorno ó perímetro, la de las montañas: la segunda ocupa doble espacio que la primera.

En la región montañosa del Norte y del Sur se encuentran las mejores comarcas de la península. Las montañas se coronan de inmensos bosques y a su pie se extienden grandes llanuras en que se suceden los más variados cultivos. A intervalos se hunden sus faldas en amplios y hondos valles, ó se entabren para dar paso a algunos ríos, que descienden al Euxino ó al mar Egeo. La fecundidad

(1) XEP. Cabeza de Minerva con casco; todo en un cuadrado hueco. Moneda del Quersoneso de Tracia.

(2) ΠΥ ΕΠΙ ΣΦΟΔΡΙ, nombre de magistrado. Neptuno sentado en una roca con el tridente y el *acrostolium* ó figura que terminaba la proa de los barcos, la cual es aquí una estatuita. Moneda de plata de Bizancio.

de la tierra es tal que no necesita abono, y así todos los años puede esta parte del imperio de los turcos exportar para Europa cien millones, lo menos, de kilogramos de grano. ¿Qué sería, pues, cuando el Asia Menor estaba en manos de la activa é industriosa raza que en la antigüedad había tomado posesión de todas las costas, edificado una ciudad a orilla de cada río, enfrente de cada puerto y en todas aquellas islas, arcos rotos del puente que unía en otro tiempo la Grecia y el Asia? Por allí vinieron de Oriente muchas creencias, doctrinas y artes, que tuvieron a una y otra orilla del mar Egeo su completo desenvolvimiento; y los griegos a su vez hicieron penetrar hasta el fondo de los valles del Tauro su influencia, que bien claramente revelan las inmensas ruinas de Patara, de Sagalaso y de Selge. Los monumentos que quedan en pie hablan por la historia muda, y estudiándolos, se reconocen dos corrientes opuestas que se han encontrado y confundido en estas provincias. Las rocas sepulcrales de Mira y de Galacia recuerdan los sepulcros reales de Persépolis, mientras en Lidia, aun entre los insoscrubles pisidios, los templos y los teatros son de arquitectura helénica.

El tiempo y las costumbres habían determinado grandes diferencias entre aquellos pueblos, en cuya sangre se mezclaban en distinta proporción los elementos arios y semíticos. El frigio «más tímido que una liebre,» expulsado por la miseria del suelo árido y abrasador que habitaba, bajaba anualmente a la costa para alquilar sus servicios en la época de la recolección de la aceituna; y si las cosas iban mal, vendía a sus hijos para hacer dinero.

El lidio hacía lo mismo que el frigio; sino que en caso de apuro, se vendía a sí mismo por cualquier cosa; y todos los servicios podían exigirse de él, hasta el más vergonzoso, con tal de que no le costaran mucho trabajo. Desde el tiempo de Herodoto pasaba este pueblo por el más flaco ó afeinado del Asia; y el curioso narrador, en el embarazo de explicar esta molición sin ejemplo, hace de ella una especie de institución política. En los dos extremos, en la Caria y al pie del Olimpo, eran más fuertes las poblaciones. Los carioses habían dominado en otro tiempo todo el mar Egeo y sometido, en tiempo de Mausolo, a Rodas y a Licia. Pero este pueblo acabó mal. Los traficantes de hombres encontraban tanta y tan fácil provisión en este país que el nombre de cariense vino a ser sinónimo de esclavo.

Los hombres de la Misia, rudos montañeses muy difíciles de someter, habían dado mucho que hacer a los sátrapas de Persia y dieron aún mucho más a los gobernadores romanos. Nada tenemos que decir de la Isauria, cuyos habitantes hicieron a los romanos una resistencia desesperada; ni de la Pisidia que no había sufrido nunca el yugo extranjero y que llevó muy ligeramente el de Roma.

La Licaonia, país frío, privado de agua y rico sin embargo en ganados, tenía una ciudad, Iconio (Cogni), que hizo luego un importante papel; a sus inmediaciones había un lago comparable a los más bellos de Italia.

Los páfilos y cilicios no tienen historia; la Paflagonia la tiene dolorosa, como quiera que fué una presa disputada sin cesar por los reyes de Ponto y de Bitinia. Más adelante hablaremos de los capadocios y armenios.

Como se ve, había aún muchas diversidades en la gran península asiática; pero en todos aquellos pueblos quebrantados por larga servidumbre, no quedaba sombra de vida pública, a menos que no se tome por tal la fiebre de las rivalidades y turbaciones interiores.

Los romanos dominaron el Asia Menor tan fácilmente como a los lidios, los persas, los macedonios y a Mitrídates: fué negocio de una batalla, y la conservaron con menos